

Las Cien Águilas

Germán Marín. Editorial Planeta, Santiago, 1997, 385 páginas.

por Javier Edwards Renard

CON la publicación de la segunda parte de su trilogía **Historia de una absolución familiar**, Germán Marín confirma —y por momentos supera— las expectativas que generara con **Círculo vicioso**, primer tomo que mereció calificarse como un "trabajo minucioso y lúcido" (Libros N° 295, 15 enero de 1995), en el que la combinación de los géneros —novela y ensayo—, como, asimismo, el juego estructuralista en torno a los elementos del texto, mostraron la pasión del autor por el decir y el cómo decir, el imperativo de la inteligencia que se aplica al retrato. Y ahora, como antes, el objeto que Marín quiere representar es la historia de un país, la de una familia dentro de él, la de un narrador que observa desde distintos ángulos los tiempos, hechos e ideas que configuran cierta identidad nacional.

De alguna manera en el alma de Germán Marín habitan el historiador y el sociólogo, el analista que se lanza al estudio de su objeto precisamente por la dificultad que él representa. En alguna entrevista, el escritor ha declarado que la historia de Chile "está llena de nudos ciegos", todavía repleta de desafíos para el decir y sus distintos géneros. Y en este sentido, sin duda que la novela, en la particular forma que propone este autor, representa el espacio virtual en que, si tales nudos no pueden desatarse del todo, al menos es posible jugar a ello, a través del libre ejercicio de la mirada que interpreta.

El Segundo Escribiviente

Así como en **Círculo vicioso** el lector accede a la descripción de un Chile que se retrata a través de la historia familiar que un padre cuenta a su hijo, en **Las cien águilas** el que habla es este último, un narrador que el propio Germán Marín —siguiendo a Lihn— bautiza como **escribiviente** y que, no sin cierto dejo estructuralista, es y no es, a un mismo tiempo, el autor y protagonista que se hacen cargo de la misma tarea asignada al escritor-narrador de la primera parte de la trilogía. Esta vez, sin embargo, con el consciente propósito de descifrar los nudos de la identidad nacional desde un tiempo y una perspectiva diferente, el tiempo del hijo, que siendo posterior, entronca con su antecedente (**Círculo vicioso**), aclarando la perspectiva, dando volumen al objeto narrado. Relación ésta inevitable, tratándose de la segunda parte de una obra que se ha definido desde sus inicios como una trilogía, objeto tridimensional que se ejecuta lúdicamente no sin cierta referencia al espíritu analítico y perspectivista que informa al cubismo: ¿por qué no pensar en una similitud de propósito con «Guernica» de Picasso o las «Gnossiennes» de Erik Satie?

Entonces, este **escribiviente de Las cien águilas** —que no es sino la metamorfosis del narrador de **Círculo vicioso** y del propio Marín que se hace literatura a sí mismo— juega con Venzano Torres su alter ego literario —personaje de ficción que hace las veces de crítico y editor de la novela— a narrar desde el pretexto de la memoria sobre su paso por la Escuela Militar, la reflexión nada castrense de un observador, de una suerte de el hoyo negro que devora la realidad para transformarla primero en recuerdo y después en acto literario. Nadie se engañe en creer que quien habla, quien **escribe**, en las páginas de **Las cien águilas** sea el propio Marín; tampoco se crea que se trata de un personaje en el clásico sentido de la ficción. En



este texto, con hartito más gracia que en la novela estructuralista francesa, el autor navega entre las propuestas de Roland Barthes y Enrique Lihn, simplemente usa los recursos disponibles para alcanzar la meta: narrar, crear un texto de alguna manera insobornable.

Así, y comenzando el 9 de agosto de 1983, a través de tres partes (**La existencia prestada**, **Libro de las confidencias** y **Rock around de clock**: penúltimo círculo), el híbrido narrador de **Las cien águilas** avanza a través de sus recuerdos en torno a los años 50 —época en que vive "su" experiencia militar— pero también incorpora la reflexión que se genera desde el tiempo presente,

desde la vivencia posterior, desde el único lugar de donde es posible dar un vistazo capaz de entender el significado del objeto observado: el de la excentricidad (no sin un claro prurito egotista, ya que inevitablemente todo sentido se articula en torno al "yo" que define).

Y el trozo de país, de historia, que recoge y desata esta nueva novela de Germán Marín resulta en una imagen colectiva e individual, en la descripción de unos hechos autobiográficos y también en la secuencia de una reflexión intelectual que conecta esos sucesos con una visión de mundo, generando con ella un efecto de sintonización, de interpretación sumamente esclarecedor. En este sentido, la lectura de **Círculo vicioso**, primero, y ahora **Las cien águilas**, si bien pueden leerse por separado, dejan la sensación de un lúcido paseo por la memoria de Chile que, no obstante la condena de toda memoria a fragmentarse, resulta en un saludable intento de integración.

Leer a Marín me parece necesario, al menos por un par de razones inexcusables, que dicen relación, en primer lugar, con su honesto y radical compromiso literario, entendido éste como un imperativo del decir; y, por último, por la amplitud de su mirada, no en el sentido de una falta de tendencia, sino en su capacidad abarcadora, en tanto acomete con ella una lectura acuciosa de los hechos que le permiten establecer un sinnúmero de enriquecedoras relaciones significantes. De esta manera, la escritura de este autor no es sólo una interpretación de una historia individual o de la política y social chilena, sino también, un ensayo literario, una profunda y vital reflexión en torno al ejercicio de narrar. Germán Marín, su **escribiviente**, Venzano Torres escriben desde el ombligo, sin dejar de mirarlo, pero obligándose a salir de ahí para incorporar el paisaje de sus alrededores.